Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: Movimiento de la mujer en el contexto mestizo e indígena en el Ecuador de los años 90 del siglo XX

Author/Autora:

Magdalena Śniadecka-Kotarska

Published originally as/ Publicado originalmente en:
Estudios Latinoamericanos, 27 (2007), pp. 37-60.

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2007.v27.art2>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Movimiento de la mujer en el contexto mestizo e indígena en el Ecuador de los años 90 del siglo XX

Magdalena Śniadecka-Kotarska

Tipología de las organizaciones

El objetivo principal de este estudio fue responder a las preguntas: ¿qué papel desempeñaron las organizaciones de mujeres en el Ecuador de la última década del siglo pasado? —y también— ¿cómo se puede diferenciar los rasgos típicos de las sociedades de mujeres en el ambiente mestizo e indígena? Este esbozo forma parte de una monografía mas amplia, dedicada a la situación de la mujer en el Ecuador y presentada desde dos importantes perspectivas etnoraciales y culturales: mestiza e indígena [Śniadecka-Kotarska 2003].

En esta década creció desmesuradamente el número de organizaciones de mujeres. En 1990 se habían registrado ya 150 sociedades formales de mujeres y 350 grupos no formales [León 1991, Herrera 2001, Muller 1994]. Este número podría multiplicarse puesto que entre estos últimos se cuentan, por ejemplo, el Centro de Promoción de la Mujer dentro del Episcopado de Ecuador con un total de 780 filiales (una por parroquia, prácticamente). Teniendo en cuenta las otras ideologías y confesiones que también por esos años crearon asociaciones de mujeres, la cifra real podría ascender a más de mil. En 1994 se habían registrado 285 asociaciones formales, entre éstas 19 secciones internacionales con departamentos

dedicados a la mujer (AID, OMS, OPS, PNUD, CECIM, CEEA, CEPAM, CEPAR, FLACSO, UNICEF, UNIFERM), además de 25 fundaciones extranjeras privadas, sobre todo alemanas, holandesas, noruegas, suizas y canadienses (APN, BMZ, SNV, OAB, SWISSA).

A mediados de esta década las organizaciones de mujeres cristalizaron sus primeros esquemas de actividad. En mi análisis distinguí: creación, desde arriba o desde abajo; principios de la organización, propios o seguidos; dirección independiente o dependiente; objetivo declarado de la actuación, análisis de los nombres, estrato social de las militantes. En esta etapa de mi estudio observé sobre todo nombres y programas inadecuados en relación con la actividad real. Declaraciones de principios, no ajustadas a la actividad real y a la superioridad y el dominio auténticos de las mujeres de clase media en los órganos del movimiento. Traté de establecer la concepción de las actividades de la organización en el plano ideológico, la presencia o ausencia de las líderes, su personalidad, el alcance de su praxis (real no sólo declarada), la posible identificación de sus enemigos, las relaciones con otras organizaciones.

Según estos primeros criterios, consideré cinco grupos de organizaciones de mujeres:

1. Grupos no formales de ayuda.
2. Organizaciones no estatales:
 - a. centros de la mujer relacionados con estudios sobre de género,
 - b. organizaciones formales de mujeres y talleres de producción,
 - c. asociaciones profesionales de la mujer,
 - d. sindicatos y partidos,
 - e. instituciones privadas y fundaciones relacionadas con estudios sociales o programas de desarrollo, sobre todo en las regiones atrasadas o tradicionales, que disponen de proyectos relacionados con la mujer
3. Organizaciones estatales.
4. Sociedades confesionales.
5. Organizaciones indígenas.

En el primer grupo y más importante se encontrarían **las organizaciones no formales**, los círculos, creados por mujeres indígenas y mestizas, procedentes de los territorios pobres de la sierra, de la costa y del oriente, en los barrios de Quito, Cuenca, Esmeraldas, Guayaquil, Ambato, Latacunga, habitados por migrantes. Éste sería el tipo de organizaciones más

difíciles de ser contabilizadas numericamente. Se formaron a partir de los años 80 con el objetivo de la ayuda mutua, sin ningún proyecto de financiación ni organización programática. Resulta difícil decir por qué pasaron tan inadvertidas a los ojos de los teóricos de los programas de desarrollo, hasta tal punto que no podemos saber casi nada sobre sus militantes, líderes, años de actividad. Sin embargo, en los barrios se recuerda su presencia y consecuencia.

Los círculos de mujeres han tenido y tienen un papel importantísimo en la denuncia y la lucha contra la violencia doméstica, incluso mucho antes de que esto saliera a la luz pública a nivel nacional. Veamos lo que nos cuenta una indígena y una mestiza sobre este tema y la diferencia de actitudes familiares que se apunta al respecto:

Recuerdo [dice Rosa, la mujer indígena] que cuando nos mudamos a la ciudad, casi cada día oía como se peleaban los vecinos. El marido insultaba a la mujer todo el tiempo, por motivos triviales, que si la sopa estaba mala, que si sosa, que si salada. Lo peor era cuando volvía borracho a casa y la maltrataba; los niños lloraban, pedían perdón, pero él no sentía piedad. Después la veía con moratones; los hijos varones escaparon de casa; la hija llevaba una mano rota. Yo me sentía feliz de que entre nosotros, los indígenas, no pudiera ocurrir algo así. Habíamos sido educados de modo distinto, en comunidad. Es verdad que a veces, después de las fiestas, había violencia; los hombres se emborrachaban, se disputaban con las mujeres, pero luego se avergonzaban porque eran mal vistos por la comunidad. Nosotras siempre podíamos gritar y alguien acudía en nuestra ayuda. En la ciudad fue donde comprendí cuán diferentes eran nuestras vidas, por lo menos en lo que concierne a las mujeres.

Me extrañó [dice otra Rosa, la mujer mestiza] de que un día vinieran a mi casa dos mujeres de la calle vecina reprochándome que mi marido y yo no dijéramos nada acerca de lo que ocurría en la casa vecina. A mí ni se me había pasado por la cabeza, como yo, una india, podía meterme en casa de nadie y menos de un hombre mestizo. Pensé que serían de alguna secta, o así. Incluso al principio cuando empezaron a explicarme, yo no las entendía. Me informaron de que en el barrio funcionaba un círculo de mujeres, creado por una india como yo, que actuaba contra la violencia doméstica y me aconsejaron a acudir a ella en cuanto oyera el próximo escándalo. Mi marido me prohibió ingerir en el asunto; él quería integrarse en la ciudad, no tener problemas y que todos olvidaran que éra-

mos indios. Un día hubo una fuerte pelea y durante días no oí a la mujer. Cuando encontré a la señora del círculo en la calle, la informé. Sólo puedo decir que salvamos la vida de esa mujer, que durante largo tiempo la cuidamos. Actuamos ahora juntas, indígenas y mestizas, y cuando llega bebido, hacemos todo lo posible para que no ocurra nada.

Ahora soy yo la que explico a las mujeres que no pueden ser indiferentes ante lo que ocurre al otro lado de la pared. Aquí todos tienen miedo a los hombres, para los mestizos, el hombre es dios, la mujer un cero a la izquierda.

En todas mis entrevistas sobre este tema pude observar tres afirmaciones generales y comunes. A saber:

- El papel más independiente y desenvuelto de las indígenas de la sierra, sobre todo de las comunidades campesinas.
- La solidaridad entre indígenas y mestizas de los círculos.
- La crítica a las organizaciones formales.

Doy un otro ejemplo que confirmaría mi tesis anterior, las palabras de Paula, una mujer mestiza:

El círculo de mujeres de nuestro barrio, "Ana", es para nosotras las mujeres de Toctiuco una ayuda real. Nosotras vivimos aquí y sabemos quién está verdaderamente necesitado... Me parece que las mujeres más activas son las de la sierra. Nuestro círculo se llama "Ana" porque era el nombre de su fundadora, al parecer una indígena. La verdad es que las indígenas se desenvuelven mejor en la vida que nosotras, las mestizas, que siempre estamos con el miedo en el cuerpo ante los hombres. En fin, lo más importante es que nos apoyemos las unas y las otras.

De todas estas declaraciones se colige que los círculos funcionan bien, que apoyan a las mujeres en situaciones difíciles, contra la violencia doméstica, por ejemplo, y que las movilizan para que encuentren su lugar en la sociedad.

Por otro lado, merecen mencionarse las organizaciones formales de mujeres que se declaran independientes, pero en realidad todas tienen carácter local y están dirigidas por mujeres de clase media, que dicen identificarse con el feminismo ideológico. Prefieren formas de actividad tales como talleres de producción colectivos, pero suelen ser propiedad de una de las activistas. Emplean sólo a mujeres de los territorios más pobres amenazadas de extrema pobreza.

El primero siguió en su creación y objetivos el modelo peruano. Se ha impuesto la tarea de asegurar un plato caliente al día para todos los niños. El segundo no se diferencia de los comités hermanos de otros países de América Latina, en particular del argentino (Madres de la Plaza de Mayo). Actúa sobre todo en Guayaquil y Quito y mediante protestas públicas pretende denunciar las “desapariciones” de presos políticos y facilitar su búsqueda.

Al segundo grupo, que considero más importante y que es el más numeroso, pertenecen **las organizaciones no gubernamentales** (ONG), entre otras:

- a) centros de mujeres relacionados con los estudios de género,
- b) organizaciones de mujeres y aquellas bajo cuyos auspicios se forman talleres de producción,
- c) instituciones privadas de estudios sociales y del desarrollo con programas de promoción a la mujer,
- d) organizaciones sindicales y de partidos,
- e) fundaciones extranjeras.

Los cuatro centros más importantes se encuentran en Quito (Maria Quilla, CEPAM, TCM, CIAM). Suelen estar formados por mujeres de la clase media y se trataría más bien de unidades dentro de fundaciones y organizaciones independientes. Suelen dedicarse a programas preventivos contra la violencia en regiones determinadas y están financiadas por fundaciones extranjeras como la suiza SWISSAID o la noruega APN. Estos centros podríamos calificarlos como unidades pertenecientes a fundaciones y no como organizaciones independientes.

Las organizaciones formales de mujeres que se declaran independientes, en realidad todas tienen carácter local y están dirigidas por mujeres de clase media, que dicen identificarse con el feminismo ideológico. Prefieren formas de actividad tales como talleres de producción colectivos, pero suelen ser propiedad de una de las activistas. Emplean sólo a mujeres de los territorios más pobres amenazadas de extrema pobreza. Suelen aprovechar las diversas habilidades manuales de las empleadas, en el sector de la artesanía, el textil o la elaboración de alimentos (conservas, frutos y cereal secos). En realidad, no les aportan nada nuevo, en el campo de la técnica y los conocimientos. Más bien es una forma de mantenerse en el día a día, lo que paradójicamente a veces bloquea ciertas iniciativas individuales, porque de todos modos estas mujeres también hubieran encontrado trabajo en otra

parte. Estos talleres conceden beneficios sólo a sus organizadoras, las supuestas feministas, y suelen estar financiados por diversas fundacionales nacionales e internacionales. De todos estos centros de trabajo sólo tres gozan de verdad de carácter formativo, con cursos de 2 o 3 meses y un alumnado de 10 o 12 personas en sectores como la mecánica, la electricidad etc... Funcionan bajo los auspicios de CE-Mujer, CDSAC (Centro de Desarrollo Social Aurora de Cuenca), SECAP (Servicio Ecuatoriano de Capacitación Profesional) y FUMDEC (Fundación de la Mujer para el Desarrollo Comunitario) que colaboran con otras instituciones mencionadas más adelante.

En este grupo de organizaciones no gubernamentales merecen mención aparte: el Comité Vaso de Leche y el Comité de Madres de Desaparecidos, porque son los únicos, a mi juicio, de carácter interclasista, con líderes destacadas y de carácter independiente.

EL COMITÉ DE MADRES DE DESAPARECIDOS tiene desde 1990 dos filiales, una en Quito y otra en Guayaquil. De forma parecida a como lo hacen las organizaciones análogas de otros países de América Latina, las mujeres miembros de esta sociedad reivindican el derecho a buscar el paradero y conocer el destino de sus hijos y nietos "desaparecidos" durante manifestaciones, huelgas, etc., en su propia casa o en centros públicos. Las mujeres miembros de esta sociedad se caracterizan por no haber sido antes activistas políticas y por estar movidas únicamente por el interés familiar, es decir por no perseguir cambios en la sociedad. En Ecuador esta organización no tiene gran alcance (hay sólo unas cuantas decenas de miembros activos). Se reúnen un miércoles de cada mes en Guayaquil y una vez por semana en Quito con los retratos de sus hijos o nietos desaparecidos, en las plazas centrales de estas ciudades. Con todo, esta organización no ha conseguido saber cuál es el número real de desaparecidos, hacer listas de culpables o llevarlos a juicio tal y como ha ocurrido en Argentina. En general, tampoco se orientan sobre el contexto histórico de las desapariciones y, aunque merecen el respeto de su maternidad luchadora y de su independencia organizativa.

LOS COMITÉS VASO DE LECHE [FLACSO 1992-1993] se formaron en Ecuador a semejanza de los ya existentes en Perú. Su nombre es simbólico porque, en realidad, se trata de garantizar un plato de comida caliente al día a todos los niños [Safa 1990]. Es una organización independiente, formada sobre todo por mujeres de las clases menos favorecidas que compran productos con su propio dinero y cocinan por turnos rotativos, movidas por la preocupación por sus hijos pequeños [Safa 1990, Jaquette 1994:3].

Estas dos asociaciones son por lo tanto independientes, con un fuerte perfil individual.

Las asociaciones profesionales de mujeres reúnen 40 grupos cuyo criterio de participación es el género y la pertenencia al sector de profesiones liberales: médicas, abogadas, maestras, funcionarias. En sus siglas a menudo aparece la palabra “femenina”. Por ejemplo: AJM – Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil, Sociedad Femenina de Empleadas (SOFE), Frente de Mujeres Feministas Petroecuador (FeMFeP), Feministas de la Politécnica de Quito (FEPOQ). En realidad, su objetivo es ampliar el campo laboral para la población femenina y la incorporación de algunas de sus representantes a la vida socio-política. Aunque teóricamente son asociaciones independientes, no se distinguen en absoluto por su activismo; son un lobby femenino-profesional que por otra parte no ha sabido aprovechar los cambios legislativos habidos en Ecuador a favor de las mujeres, lo que a mi juicio podría haber hecho. Una de las causas de ello residiría en la falta de coordinación entre las asociaciones y en que sus miembros parecen contentarse con el mero hecho de tener una asociación de tipo profesional.

Son con todo los 10 sindicatos obreros y campesinos y los círculos de mujeres vinculados a los partidos los más característicos de las últimas décadas en Ecuador. En el mayor sindicato, la Central Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSAL), donde las mujeres constituyen un 30% de sus miembros [Muller 1994:108], funciona el FNMT (Frente Nacional de la Mujer Trabajadora) que, a pesar de sus declaraciones de independencia, está sometido a las decisiones de la central. O por ejemplo, en el año 2001, se retrasó la creación de una cantina para los hijos de obreros a causa de la actitud desfavorable de la central. Sus miembros, no manifiestan aspiración alguna de separarse del medio sindical y rechazan solidarizarse con otras asociaciones femeninas de origen burgués.

Carácter distinto tiene el Centro Femenino del 8 de Marzo de Quito. Agrupa a mujeres de diversas profesiones y tiene varias secciones en el país. En los años de su actividad se ha distinguido en dos actividades: en primer lugar, en la prestación de ayuda en caso de catástrofes naturales (sequía, inundación, epidemia); en segundo lugar, en la celebración de las diferentes manifestaciones y actos relacionados con el 8 de marzo. Su ideología es claramente izquierdista y la lucha de clases predomina sobre el tema de la mujer.

El otro grupo de interés es el formado por las asociaciones relacionadas con los programas de desarrollo de los territorios atrasados en los temas sobre la mujer.

Abarcan a 25 instituciones extranjeras privadas y 19 secciones de organizaciones internacionales y gozan del mejor asesoramiento y de la mejor ayuda financiera.

Pretenden poner en funcionamiento programas de ayuda educacional, sanitaria, pero el desconocimiento de la realidad local, el predominio en su dirección de los mestizos y la falta de contacto con la población interesada y con los auténticos líderes indígenas llevan a sus objetivos al fracaso. Por otro lado, el control sobre los programas de funcionarios estatales mestizos provoca a menudo el fraude y el engaño económico. Por ejemplo, veamos lo que cuenta Clementina, una auténtica líder indígena:

Esas que se llaman feministas, líderes, no son más que mujeres con posibilidades sociales y contactos. Por ejemplo, el caso de Laura, cuyo padre es líder de un partido, su hermano jefe de la gendarmería, su padre notario, su primo director de una escuela en nuestra ciudad. Los mestizos tienen buen olfato para los negocios; sienten que a los extranjeros les atrae el tema de la mujer. Preparan la documentación de modo que la ayuda recaer sobre el lugar conveniente. Sus mujeres no son auténticas feministas; basta que una de ellas tenga un tío o una prima en un lugar, para que lo presenten como el más miserable, con el mayor índice de moralidad infantil, con la menor escolarización. Los extranjeros vienen, se lo tragan todo y los clanes familiares se meten el dinero en el bolsillo. Sus mujeres no se atreven ni a abrir la boca en casa.

Es decir que la actividad de las mujeres de estas organizaciones depende del criterio familiar. Por ejemplo, veamos lo que Carmen dice a este propósito:

Los de San Pablo siempre supieron atraer proyectos de ayuda a su terreno; tienen contactos con el extranjero. Antes éramos muy solidarias las mujeres de San Pablo y de San Roque; habíamos pasado tanto juntas y tanto habíamos conseguido. Ahora, nuestras vecinas, no son sinceras, no hablan. Tenemos que buscar solas nuestro proyecto.

A mi juicio es en este tipo de agrupaciones donde se hace mayor el abismo entre los lemas y objetivos agitados y su puesta en práctica.

Las organizaciones estatales son algunas agrupaciones (OG) que funcionan en tres ministerios, el de Trabajo, Asuntos Sociales y Educación, con una amplia red de secciones locales por todo el país y en seis esferas: social, educación y cultura, derecho, trabajo, salud y erradicación de la violencia. Existen además dos comisiones parlamentarias, una para los asuntos de la mujer y el niño; otra, para la lucha contra la violencia. Su labor es coordinar los proyectos de desarrollo, velar por los cambios legislativos, garantizar el acceso a la mujer a la vida social. En la práctica carecen de eficacia por el fuerte carácter político de su actuación. Los miembros directivos de sus agrupaciones, como es el caso de ONM, DINAMU, INNFA, IECAIM, SECAP y de la sección de CFPAM – Centro de Formación Profesional de la Mujer, no son mayoritariamente mujeres y no son elegidos por su nivel de competencia, sino según sus simpatías y relaciones políticas. La caída o el cambio de un gobierno supone el automático cambio de proyectos. Además de ello, las mujeres de otras asociaciones les achacan hiperburocratización, falta de claridad en sus competencias, decisiones contradictorias entre los tres ministerios y desconocimiento de la realidad de la mujer ecuatoriana. Las dos comisiones parlamentarias agrupan a varias mujeres miembros del Congreso cuya eficacia se ha manifestado sólo gracias a la presión de los grupos de mujeres indígenas para cambiar la legislación ecuatoriana en cuanto al tema de la mujer. Con todo, el Congreso siempre ha torpeado estos cambios, referentes al aborto, a la propiedad, a la violencia familiar, a despecho del apoyo internacional, incluso de los documentos ratificados en ONU y la OEA. Entre los años 1998-2001, en colaboración con DINAMU, fueron organizados unos cursillos para las mujeres. El problema está en que estos cursillos, organizados por hombres (sociólogo, médico, psicólogo), en vez de prevenir la violencia familiar, objetivo declarado en un principio, parecían aleccionar a las mujeres sobre como gustar y retener a los hombres. Los títulos de los folletos utilizados hablan por sí solos: *Cómo arreglártelas con tu marido*.

Yo misma he sido testigo que estos cursos provocaron más complejos y sentido de culpabilidad que estimularon a un cambio y una seguridad en las relaciones de pareja.

Las organizaciones confesionales son asociaciones que funcionan con el objetivo de promocionar a la mujer a nivel nacional, independientemente de si son evangelistas, católicas o Testigos de Jehová. Estas numerosas agrupaciones son dependientes desde el punto de vista organizativo y fi-

nanciero de la jerarquía eclesiástica y de los consejos parroquiales, siempre dirigidas por hombres. En los años 90, los católicos hicieron hincapié sobre todo en los cursos de formación para las mujeres, en tanto que los evangelistas crearon talleres de producción, textiles y de confección, análogos a los creados por las organizaciones no gubernamentales. Dichos talleres proporcionaron sin duda experiencia y conocimiento a las mujeres, pues aunque los pastores eran sus principales organizadores, la gestión directa la llevaban mujeres. No obstante, han estallado numerosos escándalos vinculados con la financiación.

En general, las organizaciones confesionales difunden valores tradicionales en lo referente a la mujer, a la que intentan alejar de la politización, es decir del izquierdismo potencial; por otra parte, sobre todo en el caso de los evangelistas, controlan la ayuda de las fundaciones internacionales. Podemos concluir diciendo que no son grupos que intenten cambiar el estatus de la mujer en Ecuador.

Las organizaciones indígenas fueron creadas al amparo de la moda indianista de los años 90, de lo cual son conscientes y no ocultan sus propias líderes. Como afirman, las mujeres indígenas siempre fueron activas política y socialmente, de modo que no vieron la necesidad de crear movimientos independientes. Fue en el momento en que la ola emigratoria de indígenas a las ciudades creció cuando se vio la necesidad de crear organizaciones propias. Hoy, a pesar de su breve historia, poseen una difundida red, desde el nivel local, comunitario, cantonal o provincial hasta el nacional relacionado incluso con asociaciones internacionales. Las organizaciones de mujeres indígenas poseen numerosos miembros y grandes líderes que cambian sus métodos de trabajo de año en año, según las necesidades. Los programas son aplicados también según las necesidades concretas del cantón, la provincia etc... Los objetivos son lograr el respeto y la igualdad de trato para con la mujer y el acceso igualitario a la vida política y económica del país, pero por encima de todo el cambio radical del estatus de la mujer indígena en Ecuador. Aunque colaboran con otras instituciones indígenas, son independientes desde el punto de vista financiero y organizativo, lo que siempre subrayan.

El análisis de los nombres de estas organizaciones permite ver dos tendencias curiosas: primero, utilización de términos vinculados con la etnicidad, como Otavalo, Salasaca, Saraguro; segundo, con la zona de actividad de la organización, como Chimborazo.

Líderes del movimiento de la mujer: identidad y objetivos

Los estudios acerca del movimiento de la mujer en Ecuador en la década de los 90, realizados según los criterios elementales del análisis cuantitativo, arrojan un balance impresionante. En numerosas organizaciones se encuentran representantes de todas las clases sociales, lo que vendría a demostrar el extendido apoyo social al movimiento. Organizaciones, por otra parte, de toda índole: formales, no formales, confesionales, no confesionales, indígenas y mestizas, con predominio de éstas últimas. La escala, número y diferencia programática, así como las diferentes estrategias *ad usum*, permiten hablar de un importante movimiento de la mujer.

Podemos preguntarnos entonces por qué, si este movimiento goza de tanta importancia, las mujeres ecuatorianas y, en particular las mestizas, se muestran impotentes frente a su situación desigual, por qué, hasta los años 90, la legislación fue claramente discriminatoria, por qué muchas de las mujeres alineadas en las filas del movimiento no cuestionan ciertas normas claramente machistas en su día a día.

La respuesta he querido encontrarla analizando la personalidad de las líderes del movimiento y de sus concepciones ideológicas, así como en la comparación entre sí de las organizaciones mestizas e indias.

Para empezar, las organizaciones mestizas igual que las indígenas abarcan a mujeres de diferentes clases sociales, con ventaja de las de clase media; sin embargo, el sistema de cargos y funciones es muy distinto. En las organizaciones mestizas se observa un anquilosamiento en los cargos y funciones, mientras que en las organizaciones indígenas se impone el sistema de rotación de cargos y de voto democrático para cualquier decisión. También es de destacar que las mujeres mestizas suelen pertenecer a varias organizaciones al mismo tiempo e incluso ocupar en ellas varias funciones a la vez, lo que no se produce en las organizaciones indígenas, entre otras cosas porque suele estar prohibido.

Estudiando detenidamente los diferentes tipos de organizaciones, no formales, indígenas, estatales, no estatales y confesionales, pueden encontrarse rasgos comunes entre algunas de ellas que permitirían nuevas posibilidades de clasificación. Por ejemplo, las dos primeras, no formales e indígenas, tienen en común la independencia de actuación, la creencia en la solidaridad necesaria entre mujeres indígenas y mestizas, el sub-

rayar la prioridad de cambios a escala integral (económicos, sociales, políticos) y la actividad igualitaria entre los miembros de todas las clases. Las tres últimas, estatales, no estatales y confesionales se caracterizan por la desproporción entre objetivos y realidades, la concentración en la ayuda meramente económica y para determinados sectores de la población femenina y la actividad desigual de sus miembros según la clase social de procedencia y el cargo o función que ocupen.

Los resultados que han arrojado los estudios para fijar la personalidad de las líderes mestizas del movimiento de la mujer son de lo más inquietante. Sus nombres se repiten en varias organizaciones al mismo tiempo, e incluso en más de un caso aparecen en contextos nacionales, políticos y culturales, hostiles a veces a los principios declarados por dicho movimiento. En general, puede afirmarse que son mujeres pertenecientes a la clase media u oligárquica. La mayoría no terminó estudios universitarios y carece de una larga trayectoria profesional. En sus declaraciones afirman identificarse con el feminismo, pero no se refleja ello en sus vidas. A todas esas líderes las une una intensa vida social en los círculos elitistas del país, lo cual se comprueba en la prensa rosa semanal. Veamos a guisa de ilustración las palabras de Betty, una de ellas:

Sabes, mi marido y yo arrastramos a los periodistas cuando fuimos al aeropuerto para irnos de vacaciones al extranjero, o fuimos a la escuela donde nuestro hijo hacía el bachillerato, o hice de testigo en la boda de una amiga. Mis fotos salieron en primera página. Cuando inauguré un parvulario bajo los auspicios de la organización, salí fatal y eso que iba tan bien vestida. Se paga por la información, pero lo más importante son las fotografías, que salgan cada dos semanas; de lo contrario, empiezan a chismear de que hemos caído en el olvido.

El conocimiento del feminismo como teoría por parte de estas líderes es superficial, deficiente y confuso. Repiten lemas consabidos y mantienen que el principal enemigo de la mujer ecuatoriana son los problemas económicos y no el machismo. Por otra parte, dichos problemas los refieren más a la mujer de clase media que a la de la clase baja cuya miseria minimalizan. Esta postura se halla extendida a todas las organizaciones de mujeres mestizas, tanto si son sindicales, religiosas, profesionales etc...

Esto vendría a contrastar con la opinión de las militantes de base de estas mismas organizaciones que señalan el machismo y el patriarcalismo como los auténticos adversarios de la emancipación femenina en Ecuador.

Las líderes no ven además la necesidad de cambios legislativos, no difunden sus opiniones en los medios de comunicación de una forma clara, no intercambian información con organizaciones internacionales aunque, eso sí, asisten con frecuencia a las conferencias mundiales.

Sin embargo, lo más significativo es la dicotomía existente entre los postulados que dicen propagar y la realidad de sus vidas privadas.

Valga como ejemplo de lo dicho el siguiente testimonio de Luz:

Cuando ayudo a esas pobres mujeres procuro no acordarme de lo que ocurre en casa de mis hermanos o cuñados. Pero, en fin, las mujeres no sacamos a la luz nuestros problemas; nos educaron de otra forma. Nuestra clase está por encima de eso.

Ellas mismas asumen que no llevan los lemas difundidos por sus organizaciones a sus casas, pretextando que el principal obstáculo es el sistema educativo y de socialización que vive Ecuador. Esto explicaría el porqué de la ineficacia de estas organizaciones, tan numerosas sin embargo, y el porqué de la confusión conceptual que sufren las mujeres de las clases más humildes acerca de los principios y objetivos del feminismo.

Sirva a guisa de ejemplo la opinión de Ana:

Una feminista es una mujer pudiente de la clase media, que no tiene grandes problemas y que enseña a otras mujeres cómo vivir y conseguir ayuda de las dotaciones internacionales o de las élites con las cuales se codea. Me gustaría tanto ser feminista. Cuando era niña, veía a esas mujeres y me daban tanta envidia: con sus trajes, su elegancia, su coche con chofer. Ahora he ingresado en la asociación. De esta forma puedo trabajar para ellas y convertirme así en alguien como estas mujeres. Es seguro que ascenderé en la clase social.

En Ecuador, por lo general, el feminismo se hace equivalente a cierta solvencia económica, es decir se identifica con las clases media y medio alta, lo que sin duda sorprendería y ofendería a buena parte del auténtico movimiento feminista mundial. Las líderes mestizas ocultan sus problemas como mujeres dentro de su clase, mantienen un discurso economi-

cista y de ayuda moral para con las mujeres de las clases más desfavorecidas, lo cual pone una múltiple trampa para la consecución de cualquier fin:

- Por un lado, el movimiento carece de un carácter social general, o sea no va dirigido a las mujeres de todas las clases.
- Mantiene una postura de superioridad de las líderes de clase media con respecto a las militantes de base, de clase inferior.
- La ayuda que dice prestar es sobre todo de carácter material, lo cual acentúa la dependencia y la falta de iniciativa de unas mujeres para con otras y de una clase para con otra.

Además, las líderes mestizas suelen padecer una influencia de los hombres de tipo ideológico, sea del cura, del pastor, del líder político y sindical y con ello las organizaciones de mujeres se convierten en la mayor parte de casos en un apéndice de las formaciones o instituciones creadas por hombres.

Las líderes indias del movimiento de la mujer, a diferencia de las mestizas, proceden de diversos medios. Son representantes de diferentes clases sociales, de todas las profesiones, de todas las etnias, pero lo que resulta común y característico a todas ellas es su distancia de las organizaciones feministas en el sentido estricto del término.

- Otros elementos comunes a todas ellas son:
- Nacimiento y educación en la comunidad, es decir una educación tradicional.
- Relación negativa con la administración estatal, es decir mestiza.
- Experiencia de activismo en el movimiento indígena.
- Decepción de las organizaciones de carácter ideológico.
- Contactos interétnicos individuales.

Una de las mayores ventajas de estas líderes frente a las líderes mestizas es precisamente haberse criado en la comunidad, porque esto las acostumbró a una vida social activa, a la toma de decisiones, al trabajo en equipo, por ejemplo en tradiciones tales como las *fiestas* y los *cargos*, lo cual es una buena escuela de formación para la militancia posterior. También han gozado de relaciones interétnicas o a nivel local, cantonal y regional de las que no han gozado las líderes mestizas. Muchas de ellas son hijas de padres que han desempeñado altos cargos en el movimiento indígena y a los que han acompañado de niñas en encuentros y reuniones, constituyendo esto también una buena escuela de observación.

Cabe destacar que los relatos de las líderes indígenas suelen converger con los de las mujeres indígenas de la clase media por mí entrevistadas.

Las líderes indígenas en su totalidad se toparon con la injusticia, la ineficacia y la corrupción de la administración central y de sus representantes mestizos: malversación de fondos, uso de los cargos para provecho personal, toma de decisiones, incluso disparatadas, en áreas de intereses particulares. Recuerdan, por ejemplo, a maestros que cobraban sueldos por enseñar en las comunidades y no lo hacían, a médicos que estaban obligados a trabajar a diario y lo hacían tan sólo 2 o 3 veces por semana, o que tenían gabinetes privados para los mestizos, o hasta que se dedicaban a la extracción de oro en las minas cercanas. Bancos que no concedían créditos sin dar razones, abogados y notarios que se negaban a prestar servicios. Recuerdan asimismo a algunos funcionarios que falseaban información, diciendo que en una comunidad había hambre, cuando era falso, o aumentando el número de nacimientos, para comerciar después con las dotaciones que otorgaban fundaciones (en 1996 sucedió en Quinchupi, Peguche, Ambato). No fue raro aprovecharse de las ayudas en los casos de cataclismos naturales, como cuando el terremoto de 1994.

Un grupo particular de las mujeres líderes lo componen las vinculadas al Movimiento de la Tierra y a los sindicatos campesinos, entre otras destacaría la figura de Carmen Yamberla.

El Movimiento de la Tierra fue creado a partir de las protestas organizadas con motivo de la reforma agrícola precipitada que realizó el gobierno ecuatoriano y la venta de tierras a hacendados que acumulaban y proponían a sus antiguos arrendatarios indígenas el traslado a otras zonas. La ocupación de tierras y las algaradas se sucedieron en San Roque, Otavalo, Illuman, Quinchuqui. Las líderes mestizas participaron siendo niñas aún en estos actos y en los enfrentamientos con el ejército, así como en las negociaciones entre partes enfrentadas.

Una vez logradas parte de las reivindicaciones, las comunidades tradicionales decidieron transformarse en nuevas comunidades en las que la tierra sería registrada para el cantón y la provincia y no trabajada de modo individual, como quería el gobierno, sino colectivo, y en las que existiría el derecho a la propiedad de la misma tanto para hombres como para mujeres. El FICI desempeñó un papel de gran importancia en este proceso.

Veamos un testimonio de Blanca:

Las mujeres solas o viudas se hallaban indefensas frente a los mestizos, por eso deseaban nuevas comunidades. Hoy sé que las tierras nos fueron dadas a despecho del derecho vigente en aquellos momentos. Si no hubiera sido por nuestro movimiento, por los cambios generales, los mestizos nos habrían vuelto a arrebatar el derecho a las mujeres. Cedieron a nuestra presión y pensaron que sería sólo cuestión de tiempo.

Uno de los principales grupos de mujeres líderes indígenas es el procedente de las organizaciones de clase campesinas, lo que les confirió un carácter específico, sobre todo al FICI (Federación de Indios y Campesinos de la Provincia de Imbabura). Desde 1935, fecha de su fundación, ejerció funciones algo diferentes a las que normalmente desarrollan los sindicatos; más bien fue un centro de “entrenamiento” para el movimiento indígena y para el movimiento de la mujer. Esta organización, a la que volveremos en otro momento, fue fundada en 1935, con el apoyo del Partido Comunista de Ecuador y del Sindicato Obrero, pero su carácter específico se lo debe principalmente a tres factores: en primer lugar, en los primeros 70 años de su existencia, estuvo formado prácticamente por mujeres; en segundo lugar, en sus tres cuartas partes estuvo dirigido por mujeres; en tercer lugar, luchó con ahínco, junto a otras organizaciones, por los derechos campesinos, tanto de mestizos como de indígenas, y por los derechos de la mujer.

Fue precisamente por este último motivo, que en los años 50 se agriaron sus relaciones con el Partido Comunista, hasta quedar suspendidas en los años 60. Una década después, volvieron a estrecharse como consecuencia de la ola de adoctrinamiento prosoviético y procubano que se impuso en los sindicatos. Sin embargo, en los años 90, las relaciones entre ambas organizaciones se rompieron definitivamente.

Veamos las palabras de una de sus fundadoras, Tránsito Amaguaña, ahora ya con 94 años, acerca de temas como la lucha de clases y la lucha por la igualdad de sexos y culturas:

La juventud actual no se da cuenta de cuán diferente era nuestra organización a los otros sindicatos obreros y campesinos. Si no hubiera sido por nosotros, los del FICI, hasta hoy en día, el derecho de los indios a declararnos indígenas, nos habría sido negado, y tampoco las mujeres habrían tenido derecho a poseer la tierra y habrían seguido siendo sólo una fuerza de trabajo. Si no hubiera sido por nosotros, otro habría sido incluso el destino de los mestizos, que andan hoy tan soberbios.

Nosotros, los del FICI, llevamos a cabo una verdadera revolución y después vinieron otros. Recuerdo que fuimos invitados al congreso sindical celebrado en Riobamba en 1942, donde Dolores Cacuango respondió a muchas, muchas preguntas. Luego, otros indígenas sindicalistas, por ejemplo en Chimborazo, siguieron nuestra senda, pero no supieron evitar la supremacía de los mestizos, se dejaron manipular, perdieron más que ganaron. Hoy en día (habla en el 2000), todos están admirados de que un señor presidente vaya a Otavalo a visitar a los indios y no recuerdan que en 1945 ya lo hizo el presidente Ibarra, de puro miedo que nos tenía, a nosotros y a nuestra capacidad de convocar huelgas.

Resulta muy interesante la opinión que, con la perspectiva de los años, emite Tránsito sobre la colaboración del FICI con el Partido Comunista y la fascinación ejercida por esta ideología sobre los indígenas:

Trabajamos con Dolores mucho; mucho pasamos juntas, mucho hicimos y yo le agradezco muchas cosas (1930-1961). Ahora lamento que nos separara la relación con el partido. Dolores era primero india, después campesina, después dirigente comunista y sindicalista. Yo, primero pertenecía al partido. Dolores separó desde un primer momento los asuntos del partido y los de sindicato. Se volvió desconfiada con los camaradas; yo no estaba de acuerdo, pero era ella la líder y yo la obedecía. Cuando Fidel nos invitó a Cuba y Stalin (se refiere sin duda a Kruschov) a la URSS, yo me sentí tan feliz, tan importante; aquí, en Ecuador, vivíamos tan mal. Dolores rechazó la invitación, a mí me intentaba disuadir del viaje; nos enfadamos. Yo incluso quise dejar el FICI. La estancia en Cuba y en la URSS no la olvidaré jamás. Ahora, con la perspectiva de los años, soy consciente de que me utilizaron. Cuando a mi regreso a Ecuador, encontraron en mi equipaje armas, lo que yo ignoraba, y me metieron en la cárcel, sólo Dolores me ayudó. Entonces ignoraba lo que los camaradas habían hecho, confiaba en ellos más que en mi propia familia y pensaba que era una provocación del gobierno (también Dolores lo creía así). El Partido me abandonó. Ahora, cuando estoy cerca de volver para siempre con Pachamama, cuando ya vivo sólo de recuerdos, cuando vuelvo a hablar sola con Taita Imbabura y con Cayambe, sé que primero hay que ser RUNA, una persona auténtica, y solo después camarada y sindicalista. Dolores lo sabía, yo me equivoqué.

El FICI sigue siendo una organización sindicalista en la que dominan indígenas y mujeres. Los mestizos constituyen una minoría y aceptan el creciente carácter étnico de la federación. Por otra parte, los líderes indígenas son fieles a los principios de clase y sirven a los intereses de los campesinos tanto mestizos como indígenas. La sección de mujeres del FICI se ocupa desde 1995 de la ayuda material a mujeres solas y de su desarrollo profesional. También a esta agrupación se les debe la creación en Otavalo (1996) del Centro de Medicina Alternativa, que une la medicina tradicional con la profesional, con un 80% de pacientes mujeres, mestizas e indígenas. En este lugar, junto a un moderno equipo radiográfico pueden encontrarse los típicos *cui* ecuatorianos, conejillos indígenas tradicionalmente usados en la medicina popular como “herramientos” diagnósticos; junto a sillón ginecológico, una sala de partos común donde los hombres, como antaño, participan en los alumbramientos. En la farmacia se compran medicamentos, pero también ungüentos o hierbas. En 1996 trabajaban en el centro un médico, un curandero y una enfermera; en el 2001 5 curanderos, 4 médicos, 3 comadronas y 3 sanadoras. Sus servicios han traspasado los límites de la región de Otavalo; su fama ha llegado hasta México y Chile, así que visitan el centro delegaciones de todo continente. El centro garantiza exámenes profilácticos a ancianas y a niños y proporciona información sobre métodos anticonceptivos. Gracias a todo ello, acuden mujeres de los más remotos rincones y ya es observable la mejora de las condiciones higiénicas entre las personas ancianas. La confianza y el apoyo de la población han ayudado a que esta iniciativa lograra más que todos los proyectos de ayuda internacional experimentados sobre estos terrenos.

La sección de mujeres del FICI posee además consejerías jurídicas de servicio permanente que ayudan a las mujeres a solucionar sus problemas con los organismos oficiales, con préstamos bancarios, o en caso de violencia física o psíquica. El FICI es la única organización que cuenta con un programa de ayuda financiera gradual: primero, se toma un crédito; después, se inicia la actividad profesional en sectores alternativos (gastronomía, artesanía...), con pago de intereses mínimo y con posibilidad de obtener otros créditos. Este mecanismo incita a las mujeres a la actividad profesional y evita los fraudes de que eran víctimas en otros tiempos.

La dirección del FICI está presente en organizaciones internacionales y tiene, desde 1996, representantes en la OIT, en la ONU, en la FAO y en la UNESCO.

Un segundo grupo de mujeres líderes procede de movimientos religiosos. Las mujeres indígenas, decepcionadas por el funcionamiento de organizaciones católicas, como el CEDOC (Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos), de los grupos femeninos de las parroquias, de madres y alumnas de escuelas católicas, recuerdan sus vivencias en ellas sólo como un período de tránsito en una lucha más efectiva. Reconocen que adquirieron una experiencia en esta clase de militancia, entre otras cosas, porque padecieron discriminación a pesar de que la religión y la solidaridad de sexo deberían haberlo impedido. También tomaron conciencia de cuán diferente era su sistema familiar al de las mujeres mestizas. Según Luz Marina de Otavalo:

Nosotras no teníamos que preguntar a nuestros padres o maridos si podíamos ir o no a las reuniones, si podíamos hacer esto o aquello. Las mestizas, en cambio, siempre esperaban a su opinión para dar una respuesta.

La comunidad de religión y sexo no les unió, sino que les separó. Además la distancia que estos movimientos tenían ante los sucesos sociales o políticos provocó que muchas mujeres indígenas se retiraran de ellos. Con todo, las mujeres indígenas que siguieron participando, siempre se han mostrado muy activas en los temas relacionados con la defensa del medio ambiente y la lucha por el derecho a la diferencia cultural, religiosa, lingüística, etc... Por ejemplo, han reivindicado últimamente la necesidad de poseer cementerios separados para ambas comunidades, pues si bien antes existían como resultado de la discriminación, ahora son una derecho a la "diferencia". Se han mostrado interesadas en los asuntos relacionados con la escolarización bilingüe, así como en el respeto a la verdad histórica en los programas de educación. Desde el 2001 ejercieron una fuerte presión para que se cambiaran los manuales con datos discriminatorios (SEMIS, Sociedad Ecuatoriana de Mujeres Indígenas de Saraguro).

Algo diferente es la situación de las mujeres en los círculos evangelistas como el MICH (Movimiento Indígena de Chimborazo), el FOICH (Federación de Organizaciones Indígenas de Chimborazo) y el FENOC (Federación de Naciones y Organizaciones Campesinas), donde las mujeres han empezado a ser activas tan sólo hace unos 5 años. En un principio, estas organizaciones, como el CEDOC católico, estaban destinadas

a frenar la influencia de los movimientos izquierdistas sobre las organizaciones indígenas y feministas. En la actualidad, las mujeres han tomado distancia de esta estrategia y muchas de sus líderes ocupan cargos en la jerarquía local y nacional. Destacan particularmente en dos terrenos: la lucha por el derecho al uso de símbolos étnicos y la defensa del medio ambiente. Su principal instrumento de propaganda son los medios de comunicación: Radio Colta, donde poseen una audiencia diaria, Radio Ibarura y Radio Saraguro, desde las cuales lanzan la moda de lo étnico a través de concursos, talleres, lecturas de leyendas, música. Y están consiguiendo lo que los pastores evangelistas no consiguieron en 25 años.

La actividad ecologista de las mujeres protestantes es también notable, así como en la lucha por los derechos de propiedad.

Sin embargo, a mi juicio, es el grupo de líderes mujeres del movimiento PACHACUTIC el que creo más interesante de todos cuantos existen en la actualidad. Entre sus logros se hallan el haber conseguido cambios de posición frente al problema indígena y de la mujer en la Comisión por los Derechos Humanos, en la Comisión del Congreso y en otras instituciones internacionales.

Estas mujeres líderes se caracterizan por ser todas hijas de artesanos; en consecuencia, por haber pasado una infancia trabajando junto a su familia en la elaboración y venta de artesanía de lo cual dependió su mantenimiento económico y su instrucción. También este tipo de negocios familiares facilitarían el contacto con extranjeros, lo que habría modelado sus ideas y personalidad. Dos citas siguientes presentan este tipo de experiencias:

Si no hubiera sido por mis padres y por sus relaciones con los extranjeros, aún seguiríamos asustadas, acomplexadas. Fueron los extranjeros quienes empezaron a tratarnos como personas, a preguntarnos, a interesarse. No era sólo un contacto comercial, simplemente también humano. Recuerdo en una ocasión, en Colombia, que un señor me preguntó [dice Nina] lo que yo deseaba ser de mayor. Nunca había pensado en ello. Mi padre sólo me hablaba de ir a la escuela. Esta pregunta despertó mi imaginación en cuanto al futuro y a mi lugar en la tierra.

Los viajes para vender artesanía despertaron la curiosidad por la vida y el mundo de otras gentes, entre los que podemos habitar sin necesidad de renunciar a ser indígenas. Entre los extranjeros, encontramos a quienes querían preguntarnos y escucharnos [dice Clementina].

Estas líderes indígenas empezaron su carrera política y social en las estructuras locales, por ejemplo en las federaciones de indígenas de Imbabura, de Saraguro, de Cotopaxi, después pasaron a las organizaciones nacionales como Ecuarunai y CONAIE, para en la actualidad formar parte de las internacionales como OIT o la mencionada Comisión de los Derechos Humanos.

Las líderes indígenas del movimiento de la mujer desarrollaron una gran actividad entre los años 1995-2001 para la preparación y los cambios en la Constitución y en la novelización del código civil y penal.

Gracias a la iniciativa de las mujeres indígenas, han sido agitados en los foros internacionales los temas sobre la mujer evitados por los medios de comunicación ecuatorianos, así como los derechos de la mujer no respetados en este país. Las mujeres poseen una amplia gama infraestructural, emisoras, páginas de internet, prensa, para su labor propagadora, lo que ha sido conseguido con no pocos esfuerzos. Por ejemplo, veamos lo que nos cuentan dos periodistas indígenas, licenciadas en La Habana y Moscú, sobre los problemas iniciales para desarrollar su labor:

Las mujeres mestizas no conocen sus derechos, nuestras mujeres sí [dice Gina]. Nosotras siempre gozamos de los mismos derechos, plenos, que los hombres; somos conscientes de ello. Nosotras no tenemos por qué empezar el camino como las mestizas. Conocer sus derechos les es algo muy necesario; más que a nosotras. Ellas se alegran de que se haya empezado a agitar el problema de la mujer; todavía no saben dónde está su puesto en la sociedad, ni siquiera en la familia. Nosotras siempre gozamos de una alta posición en la familia; lo que ahora exigimos es que se nos reconozcan nuestros derechos como ecuatorianas. Nuestra presencia en la vida social y política es algo tan natural como es para los hombres; porque tenemos la misma autoridad independientemente de cuál sea nuestro sexo.

A nosotras, a las mujeres indígenas no nos es necesario el feminismo [dice Blanca]. Las mestizas no lo entienden; ésa es su historia, no la nuestra. Nosotras no tenemos que ir pidiendo nada; el hecho de ser indígena garantiza por sí solo la igualdad. Ellas deben luchar por un puesto en su cultura y en el estado. Nosotras lo tenemos desde siempre; exigimos sólo

el respeto a los derechos civiles y el fin de una política de aislamiento en las estructuras mestizas como indígenas y como mujeres.

Las líderes indígenas del movimiento de la mujer conocen bien las cuestiones cruciales en su lucha, a diferencia de lo que ocurre entre las mestizas, y ese abismo existente entre ambos grupos de ecuatorianas manifiesta que en Ecuador el conflicto indígena-mestizo no fue tanto de clase como de cultura. Las líderes indias manifiestan con claridad su postura frente a los acontecimientos que se llevan produciendo en la encrucijada de los siglos XX y XXI, lo que reflejan en ciertos contenidos expuestos en sus programas. A saber:

Las indígenas de Ecuador son conscientes de no haber sufrido, como otras mujeres indígenas del continente americano, las consecuencias de la lucha entre la guerrilla y el ejército y entre las redes de narcotráfico y la policía, tal y como ocurre en los países limítrofes.

- La vida en las comunidades les ha garantizado un desarrollo propio, las ha protegido de graves cambios en la esfera de la conciencia nacional, entendida hasta hace poco como mestiza.
- Las mujeres indígenas exigen cambios, mas no desde la perspectiva de ser mujeres pobres, atrasadas, no instruidas.
- Se sienten orgullosas de su pasado precolombino y de su situación actual.
- Se distancian de ser identificadas con los procesos de globalización impuestos por los mestizos.
- Desean y llevan a cabo una modernización, pero sin poner por encima de todo el individualismo y la incontrolada carrera tecnológica, que arruinaría los valores de la comunidad.
- Anhelan conservar la tradición, el derecho a la diferencia, pero con la introducción de una visión propia. En el mantenimiento de la tradición desempeña un papel importante el hecho de que ésta asegura una posición importante a la mujer [Dobrzycki 2002].

Conclusiones finales

Todo movimiento social, definido como la actividad conjunta y organizada encaminada a la toma del control en el proceso de funcionamiento de una sociedad, pone en tela de juicio el modelo existente en las relaciones

sociales. Según Touraine [1995], este movimiento es obra de unos "actores" que, por una parte, se sienten amenazados por el estado de cosas existente y tratan de defender su identidad o intereses y que, por otra parte, tratan de descubrir y definir el conflicto central en un tipo determinado de sociedad con el fin de realizar los cambios culturales necesarios [Touraine 1995]. Las actividades de los movimientos sociales pueden presentar un carácter de defensa o de ataque.

El espacio para las actividades con carácter defensivo es la estructura local socioeconómica; para el ataque quedan los espacios ideológicos de nivel global, porque sólo a este nivel pueden realizarse transformaciones en la realidad, sean de orden jurídico, sean de orden conductual en un determinado conflicto.

A este tenor deberíamos preguntarnos: ¿cuáles de las organizaciones de mujeres actuales definen este conflicto?, cuáles de las organizaciones de mujeres se unen al movimiento mundial por la igualdad de los sexos?, cuáles de estas organizaciones mantienen una actividad eficaz para la consecución de cambios culturales en el país y para garantizar el respeto a la igualdad de sexos en el derecho y las costumbres?, cuáles de estas organizaciones presentan rasgos de movimiento social?

Todas las organizaciones que mantengan un carácter local, destinado a grupos limitados de mujeres, deben ser automáticamente excluidas. Entre ellas se encuentran las organizaciones ecuatorianas de mujeres, pero también algunas muy conocidas de rango internacional. Por añadidura, en Ecuador, las organizaciones de mujeres mestizas actúan a la sombra de otros movimientos, iglesias, partidos, sindicatos, lo cual las descarta de buen principio. Es verdad que se remiten a un discurso feminista (débil), cristiano (dependiente) o izquierdista (dependiente), pero sus líderes y militantes tienen una identidad vaga, no concretan al enemigo, aceptan las estructuras patriarcales y sólo teóricamente piden una mayor participación de la mujer en la sociedad. Tienen por lo tanto un carácter estrictamente defensivo. El proceso contrario tiene lugar en las organizaciones de mujeres indias cuyos miembros presentan una identidad clara, una ideología concreta, sus estructuras son independientes y sus líderes consecuentes. El espacio ideológico es variado, desde el sindical, al de partido y confesional, pero sus principios, objetivos y enemigos a combatir se manifiestan bien delimitados. Son las únicas organizaciones de mujeres en Ecuador que ponen en tela de juicio las bases de funcionamiento de las relaciones sociales, políticas y culturales del país. Llevan con mucha efi-

cacia sus actividades a la arena política nacional e internacional, gracias a lo cual se producen cambios radicales.

En la práctica, a pesar del número imponente de organizaciones, la actividad de la mayoría de las organizaciones de mestizas están alejadas o carecen de auténticas bases ideológicas. Funcionan a nivel local, les faltan referencias auténticas acerca de la situación global, les falta la definición clara de los enemigos, por todo lo cual quedan automáticamente excluidas de ser reconocidas como un verdadero movimiento social de la mujer.

Por estos mismos motivos, casi a unas tres cuartas partes de las organizaciones y sus miembros habría que situarlos fuera del movimiento de la mujer. Una excepción serían los círculos de ayuda autogestionada, de apoyo mutuo, que yo considero movimiento popular, y dos organizaciones formales, el Comité el Vaso de Leche y el de las Madres de Desaparecidos. Sólo éstos cuestionan el orden establecido existente en Ecuador.

Podría concluirse diciendo que el único movimiento auténtico de la mujer en Ecuador es el movimiento constituido por las organizaciones de mujeres indígenas. El tiempo dirá si se convertirá en un movimiento de carácter amplio, nacional, de indígenas y mestizas (ya se están observando signos de este tipo en el plano de las organizaciones no formales), o si seguirá siendo estrictamente indígena, pero con objetivos de lucha y cambio para el conjunto de las mujeres de la sociedad ecuatoriana.

BIBLIOGRAFÍA

DOBRYCKI Wiesław, 2002, *System międzyamerykański*, Ed. Scholar, Varsovia.

FLACSO, 1992-1993, *Mujeres en cifras*, Ed. Flacso, Quito.

HERRERA Gioconda, 2001, *Estudios de género*, Ed. Flacso/Ildis, Quito.

JAQUETTE Jane, 1994, *The Women's Movement in Latin America*, Ed. Boulder: Westview Press, San Francisco.

LEÓN Magdalena, 1991, Estrategias para extender y transformar las relaciones entre trabajo doméstico y servicio doméstico, en: Luna L. (dir.), *Género, clase y raza en América Latina*, Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 25-63.

MULLER Astrid, 1994, *Por pan y equidad. Organizaciones de mujeres ecuatorianas*, Ed. Ildis/Abya Yala, Quito.

SAFA Helen, 1990, Women Social Movements in Latin America, en: *Gender and Society*, No. 4 (3), pp. 354-369.

ŚNIADECKA-KOTARSKA Magdalena, 2003, *Być kobietą w Ekwadorze*, Ed. Cesla/Universidad de Varsovia, Varsovia, (véase tmb. ed. en castellano: *Ser mujer en el Ecuador*, 2006, Varsovia).

TOURAINE Alain, 1995, Wprowadzenie do analizy ruchów społecznych, en: Szczepański J. (dir.), *Władza i społeczeństwo*, t. 1, Varsovia.